

CONGRESO EUCHARÍSTICO DE NAMUR (BÉLGICA)

3 a 7 de septiembre de 1902

Informe enviado por la Srta. Juana Bigard, fundadora y directora de la Obra de San Pedro

Obra de San Pedro en favor del clero indígena de las misiones

Confío en que los miembros del Congreso Eucarístico acogerán con interés algunos detalles sobre la fundación de la Obra de San Pedro y sobre los resultados alcanzados por esta Obra.

La asociación de San Pedro es, en efecto, una obra verdaderamente eucarística, ya que su finalidad, reconocida y aprobada por la Santa Sede, por Propaganda [Fide] y por un gran número de cardenales y de obispos, es multiplicar, por el doble medio de la oración y de la limosna, **los sacerdotes autóctonos en los países de misión**. El sacerdote es, ante todo, el ministro de la Sagrada Eucaristía: es a él, sea europeo o japonés o africano o indio, a quien Jesucristo ha dicho, en el banquete de la Última Cena, en la persona de los apóstoles: “Haced esto en memoria mía”; es decir, renovad en todas partes y siempre, a través de los tiempos y en todos los puntos del mundo, esta consagración del pan y del vino en mi cuerpo y en mi sangre; esta ofrenda del Sacrificio que, el único, puede aplacar la justicia de Dios, porque es el Sacrificio de un Dios que se ofrece a sí mismo, con sus méritos infinitos, por la salvación de los hombres.

Fue en 1889 cuando, por una disposición de la Divina Providencia que nunca podré agradecer bastante al cielo, me consagré, con mi madre, a promover la formación del clero nativo en misión. Ya teníamos contactos muy amplios con los misioneros. En aquella época, Mons. [Jules-Alphonse] Cousin, obispo de Nagasaki, en Japón, **nos reveló su profundo dolor de verse obligado, por falta de recursos, cada vez que se abría su seminario, a rechazar un número considerable de excelentes vocaciones de entre los nativos del país.**

Esta carta fue un rayo de luz para nuestras almas. **Inmediatamente determinamos convertirnos en las madres adoptivas de estos piadosos jóvenes.**

Pronto recibimos otras cartas de obispos misioneros, atestiguándonos que, por todas partes en la misión, la misma penuria obstaculizaba la obra, sin embargo tan necesaria, tan fundamental, de la formación de un clero nativo.

Después de haber dado todo, nos convertimos en mendigas. La caridad católica respondió a nuestro llamamiento. Algunas señoras adoptaron seminaristas para el tiempo de su educación sacerdotal; otras fueron más lejos, y pronto nuestra obra naciente fundó becas perpetuas, no solo en favor de nuestros hijos mayores de Japón, sino también en diferentes misiones del Extremo Oriente e incluso en África.

¡Qué alegría la nuestra, cuando el primero de nuestros adoptados subió al Santo Altar! Un sacerdote más, pensamos, es el Santo Sacrificio ofrecido con más frecuencia, es la misión de Jesucristo renovada en un punto del globo; son instrucciones dadas a los paganos o a los cristianos todavía débiles en la fe; son los últimos sacramentos administrados más fácilmente a los enfermos; es sobre todo la asistencia a la Santa Misa, la participación en la Sagrada Eucaristía puesta a disposición de un grupo de fieles. En verdad, si debemos alegrarnos, en nuestros países católicos, cuando uno de nuestros hermanos recibe la unción sacerdotal, ¡con cuánta más razón debemos hacerlo cuando este acontecimiento se produce en los países infieles, en aquellas regiones donde

el número de sacerdotes es tan desproporcionado a la extensión del país, al total de la población! Nuestros misioneros no escatiman esfuerzos, lo sé; se desviven por correr tras la oveja perdida; pero ¿qué puede hacer un sacerdote puesto solo a la cabeza de un distrito que, muy a menudo, representa en superficie una de nuestras diócesis, que está desprovisto de medios de comunicación, de caminos practicables, donde pantanos, montañas y bosques a menudo se encuentran, como tantos obstáculos, al paso de los hombres apostólicos? El misionero recorrerá su distrito una vez, dos veces al año, lo que será mucho. Al llegar a una localidad, reúne apresuradamente a los cristianos, los catecúmenos, predica, confiesa, bautiza, celebra una o dos veces la misa, distribuye la Sagrada Comunión; luego, vuelve a salir a otra estación, que no será más favorecida. Cuántas veces las cartas de los misioneros nos han pintado este cuadro, consolador si pensamos en el admirable ardor con que los cristianos aprovechan estos días benditos en que tienen al sacerdote y, con el sacerdote, la presencia del Dios al que adoran; desgarrador, si venimos a reflexionar sobre el abandono espiritual en el que viven y mueren la mayor parte de estos hijos de la Iglesia. ¡Ver al sacerdote una o dos veces al año, asistir al Santo Sacrificio como mucho cuatro o cinco veces de tanto en tanto, pasar la vida y a menudo terminarla sin los Sacramentos, sin Viático!... ¡Nunca saludos al Santo Sacramento, con esos cantos tan piadosos y esas iluminaciones tan brillantes! ¡Nunca esas exposiciones y esas adoraciones del Santísimo Sacramento, fuentes de gracias para un pueblo, para una parroquia! ¡Nunca esas procesiones, donde al católico le gusta dar testimonio de su fe brindando un triunfo público al Dios de nuestros altares! ¡Nunca la presencia real permanente de Nuestro Señor en el santo tabernáculo! ¿Lo hemos meditado lo suficiente, nosotros, los hijos mimados de la Providencia, que vivimos a la sombra de una iglesia y en medio de la abundancia de bienes espirituales?...

¡Oh!, no nos sorprendamos si estos neófitos (me refiero a algunos de entre ellos) conservan ciertas prácticas de superstición o de idolatría; no nos escandalicemos demasiado si a veces la tortura llega a quebrar la constancia de uno de ellos. Fue **la Eucaristía** la que sostuvo el coraje de los primeros cristianos; es la Eucaristía lo que falta a nuestros hermanos de las misiones. **Para que tengan la Sagrada Eucaristía, ayudemos a la formación de su clero autóctono.**

No podemos esperar, en efecto, ver multiplicarse los misioneros europeos en proporción al número y la extensión de las misiones. Cada día, gracias a Dios, se abren nuevos horizontes al apostolado; cada día se fundan nuevas misiones.

“Pero ¿qué serían las más bellas misiones sin un clero indígena fuertemente constituido y sólidamente establecido?”, me escribía Mons. Cousin, obispo de Nagasaki, por 1895; **“un meteoro brillante que pasa, sin dejar rastro”**. La historia de la antigua Iglesia en Japón es una terrible prueba de ello. El misionero llevará el Evangelio a quienes no lo conocen. A medida que hace cristianos, debe procurar su instrucción completa y proporcionarles los medios de practicar la religión que les ha llevado. Por tanto, debe permanecer entre ellos y renunciar a seguir adelante, a menos que pueda confiar a otros el cuidado de las cristiandades nacientes. **Este es precisamente el papel del clero autóctono y es a él al que hay que recurrir para ejercer, de una manera seguida y constante, el ministerio en medio de poblaciones de las que conoce, mejor que nosotros, todas las necesidades, las aspiraciones, las cualidades y los defectos.**

Además, es imposible contar con vocaciones suficientemente numerosas en los países católicos para cubrir todos los puestos, para satisfacer todas las exigencias del ministerio parroquial en las misiones.

Considero, pues, indispensable la Obra del clero indígena; ella encuentra su razón de ser en las instrucciones de la Santa Sede y de la Propaganda, que tantas veces predicán a los obispos de las misiones la obligación de trabajar por la creación de un clero nativo.

Doy gracias al Buen Dios por haberos inspirado el designio de venir en nuestra ayuda para lograr este objetivo.

Todos los obispos misioneros cuyos seminarios han sido sostenidos por la Obra de San Pedro me han hecho llegar el mismo aprecio y las mismas acciones de gracias. Aunque su testimonio tiene una importancia que a nadie se le escapará, la Obra que fundé en favor del clero nativo se apoya sobre un fundamento aún más sólido.

El 24 de junio de 1893, cuando nosotros y nuestros asociados llevábamos ya *cinco años* trabajando en la formación de un clero autóctono en misión, Nuestro Santísimo Padre el papa León XIII publica una encíclica especial (encíclica *de Collegiis clericorum in Indiis Orientalibus instituendis [Ad extremas Orientis]*), en la que Su Santidad recuerda, con la autoridad del Vicario de Jesucristo, los grandes principios en los que se basa la institución de un clero nativo; he aquí algunos extractos:

— La necesidad para la conservación de la fe católica de esforzarse por formar un clero tomado de entre los *indígenas*, preparado para los deberes sacerdotales, que no solo venga en ayuda de los sacerdotes extranjeros, sino que pueda él mismo gestionar los intereses del cristianismo...

— El apostolado del sacerdote nativo será mucho más fecundo, por el conocimiento que él tiene de la lengua, de las instituciones, de las costumbres, del carácter de su raza, e incluso de las supersticiones y de las abominaciones del paganismo.

— El sacerdote nativo puede escapar más fácilmente de los golpes de la persecución que el europeo.

— Los Apóstoles mismos, después de haber enseñado los principios cristianos a la multitud, eligieron a algunos hombres, a quienes elevaron al sacerdocio y al episcopado.

— Los Romanos Pontífices no dejaron de seguir su ejemplo, pues ordenaron a los hombres apostólicos hacer todo lo posible, en los lugares donde la asamblea de los cristianos era suficientemente numerosa, para reclutar el clero de entre los nativos, etc.

Esta encíclica del Vicario de Jesucristo fue la sanción inesperada y providencial de nuestra Asociación. **Vivificada por la palabra pontificia, tomó a San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, como su Patrono, y no temió abrir sus puertas de par en par a todos los católicos, a los pobres como a los ricos,** fijando su cuota en la módica suma *de un franco al año*, conservando el título de *benefactores* para aquellos de sus miembros que pagan anualmente la manutención de un seminarista, y de *fundadores* para aquellos que abonan una suma suficiente para la fundación de una beca perpetua.

— Luego, por una serie de circunstancias en las que nos gusta reconocer la mano de la Providencia divina, el Señor nos permitió dar a conocer nuestros esfuerzos y nuestros primeros resultados al Papa mismo. El Soberano Pontífice no desdeñó dar una señal formal de su aprobación a las humildes cristianas que habían querido convertirse en las madres adoptivas de los futuros sacerdotes de Jesucristo; y, por un alto favor, concedió a la Obra de San Pedro la primera aprobación que jamás había recibido y la más alta sanción que podía ambicionar, enviándome por escrito su bendición, dada “con todo el afecto de su corazón a las fundadoras de la Obra de San Pedro y a todos los que allí habían trabajado y allí trabajarían en el futuro”. — **Era el 12 de julio de 1895.** — Al mes siguiente, la Sagrada Congregación de Indulgencias concedió a perpetuidad a los miembros de la Obra una indulgencia parcial, y recibí, al mismo tiempo, una carta de

Roma, invitándome a formular una petición de indulgencias plenarias. — Una hermosa serie de indulgencias plenarias fue en efecto concedida, a partir del 16 de noviembre siguiente, a los asociados de la Obra con la mención: a perpetuidad. — Por fin, a principios de 1896, la Sagrada Congregación de Propaganda me hizo el honor de enviarme una Carta de Aprobación, a la que pronto siguió el estímulo unánime de los cardenales y del episcopado. Propaganda continúa dándome muy frecuentemente muestras de su estima muy particular por la Obra de San Pedro, de la que se ha dignado nombrarme directora; me permite hacerle llegar cada año el informe de los resultados obtenidos.

He aquí un resumen de estos resultados, debidos a la bendición divina. (Se publicaron en la *Semaine religieuse de Paris*, n.º de 22 de marzo de 1902).

“Desde su fundación (1889) hasta el 31 de diciembre de 1901, la Obra de San Pedro ha fundado cuarenta y cinco becas perpetuas en los seminarios indígenas, a saber:

- ”4 becas para el seminario de Nagasaki, Japón;
- ”1 beca para el seminario de Hakodate, Japón;
- ”22 becas para el seminario pontificio de Kandy, India [Ceilán];
- ”2 becas para el seminario de Mysore, India;
- ”2 becas para el noviciado indio, Trichinopoly;
- ”[1 beca] para el seminario de Loango, Congo francés, África;
- ”4 becas para el seminario de Pondichéry, India;
- ”1 beca para el seminario de Jaffna, Ceilán;
- ”1 beca para el seminario de Manchuria;
- ”4 becas para el seminario de Saigón, Cochinchina;
- ”1 beca para el seminario de Cochinchina oriental;
- ”1 beca para el seminario de Tonkín occidental;
- ”1 beca para el seminario grecomelquita de Santa Ana, en Jerusalén”.